

LA PALABRA EROSIONÓ EL MUTISMO DE LOS REPRESORES

POR VICTORIA GINSBERG
FOTOS: MARÍA EUGENIA CERUTTI



Atreverse

El terrorismo de Estado durante la última dictadura cívico-militar impuso el silencio. Los represores pactaron no decir, no hablar. Pero los mecanismos para blindar el horror no son eternos.

Hilda Torres y Roque Montenegro fueron secuestrados en Lanús, en febrero de 1976. Su hija, Victoria, había nacido diez días antes. Unos meses después, el coronel Herman Tetzlaff, que había participado del operativo represivo, llegó a su casa con la beba, a quien anotó como hija suya y de su mujer, María del Carmen Eduartes. Victoria Montenegro fue llevada a la casa de sus apropiadores una tarde, casi noche, de 1976. “Esta es tu hermana. Es nuestra hija. Eso es lo que tenés que decir siempre, toda tu vida”, le dijo el hombre a María Fernanda, la niña que había “adoptado” diez años antes (a la cual también había inscripto como propia) y que se convirtió en la hermana mayor de Victoria. La niña miró a la beba, la abrazó y cumplió con el mandato del coronel. Solo pudo volver a hablar de ese día cuarenta años más tarde. Los mayores que habían condicionado a la niña de diez años al silencio ya habían muerto tiempo atrás, y Victoria ya sabía, también hacía mucho, cuál era su identidad y quiénes eran su madre y su padre. Pero María Fernanda nunca había podido poner en palabras la escena en la que le confiaron ese secreto de máxima importancia. Cuando por fin pudo hablar con Victoria de ese día, lo evocó en voz baja, como un susurro, como si tuviera miedo de que alguien la retara.



–Me impresionó mucho, no tanto por lo que dijo, sino cómo lo hizo, todavía sentía que estaba traicionando a mis apropiadores, que la podían estar escuchando –recuerda Victoria.

A partir de esa situación, la hija de Hilda y Roque –hoy legisladora por la Ciudad de Buenos Aires– reflexiona sobre el pacto de silencio que se extendió durante la dictadura más allá de las fronteras de los centros clandestinos de detención, más allá de los represores, y que abarcó, de una u otra forma, a casi toda la sociedad.

–Eso permite entender por qué todavía falta información sobre los nietos apropiados. Horacio Pietragalla (otro nieto apropiado y hoy diputado, a quien Tetzlaff entregó a su empleada doméstica, quien a su vez también lo anotó como su hijo) y yo vivíamos en Lugano, en un edificio de 56 departamentos, y allá, todos sabían que Horacio y yo no éramos hijos de quienes decían que eran nuestros padres: todos sabían que esas mujeres no habían estado embarazadas. Sin embargo, nadie decía nada. Nadie nunca dijo nada, hasta que una mujer, a cuyo hijo Tetzlaff había matado en un caso de gatillo fácil, se animó a romper el silencio. Solo así pudimos empezar a saber la verdad.

Durante la última dictadura, los represores se garantizaron el cumplimiento del pacto de silencio al involucrar a la mayor cantidad de oficiales en los crímenes del terrorismo de Estado. La socióloga y

ex detenida desaparecida Pilar Calveiro señala en su libro *Poder y desaparición*, sobre los campos de concentración en la Argentina: “se buscó intencionalmente una extensa participación de los cuadros en los trabajos represivos para ensuciar las manos de todos de alguna manera y comprometer

personalmente al conjunto con la política institucional. En la Armada, por ejemplo, si bien hubo un grupo central de oficiales y suboficiales encargados de hacer funcionar los campos de concentración, todos los oficiales participaron por lo menos seis meses en los llamados grupos de tareas. Asimismo, en el caso



Tomar la palabra –la suya, y no la de su padre– fue liberador, deshacerse de la culpa y la vergüenza. Todo lo contrario a “el silencio es salud”, el eslogan que, con la excusa de una campaña contra los ruidos molestos, colgaba de un cartel en el Obelisco.

de la Aeronáutica se hace mención del personal rotativo. También hay constancia de algo semejante en La Perla, donde se disminuyó el número de personas que se fusilaban y se aumentó la frecuencia de las ejecuciones para hacer participar a más oficiales de dichas ‘ceremonias’.” La estrategia fue efectiva. Los militares y civiles que participaron en secuestros, torturas y asesinatos se mantuvieron callados. Hubo excepciones, más o menos resonantes. La más conocida es la del marino Adolfo Scilingo, pero en general los responsables de graves violaciones a los derechos humanos no abrieron la boca, incluso luego de ser condenados.

¿Qué pasaba fuera de los centros clandestinos? La psicoanalista Fabiana Rousseaux, ex directora del Centro de Asistencia a Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos Fernando Ulloa, cuenta que, en 2009, en un juicio que abarcaba crímenes cometidos en la ciudad de Buenos Aires, encargados de edificios y taxistas fueron citados como testigos. Al principio casi todos aseguraron que desconocían los hechos por los que habían sido convocados.

–No sé qué pasó, yo no sé nada –fue lo primero que dijo uno de los taxistas.

Pero ante una pregunta puntual de los abogados de la querrela, recordó que en años de la dictadura él trabajaba de noche y que era habitual ver situaciones extrañas en la ciudad: mujeres descalzas, a veces ensangrentadas o con niños en sus brazos, en camisón,

que subían al taxi y lloraban, que deambulaban de madrugada.

–Convivíamos con esas escenas –dijo. Y también que nunca se había atrevido a pensar en ello.

Los crímenes eran secretos, pero eran secretos a voces. Porque solo así los represores se aseguraban el silencio.

–Es preciso mostrar una fracción de lo que permanece oculto para diseminar el terror, cuyo efecto inmediato es el silencio y la inmovilidad –afirma Calveiro. En el Hospital Posadas, por ejemplo, funcionó un centro clandestino y los movimientos de personas ocurrían a la vista tanto de los empleados como de los pacientes. Las víctimas “casuales” –dice la socióloga–, las que no eran militantes políticos, sociales o sindicales, también tenían un rol en esa mecánica. Mostraban que el sistema podía ser “arbitrario” y así diseminaban el terror dentro y fuera de los campos. El terror era lo que paralizaba, silenciaba. Muchos, todos quizá, sabían que pasaba “algo”, no había detalles, pero no importaban para tener la certeza de que era algo aterrador. La palabra circulaba, pero se decía en voz baja o con eufemismos. Los funcionarios de la dictadura, los miembros de las cúpulas militares hablaban, daban a entender lo que muchos sabían o intuían. Pero nunca nombraban a las cosas por su nombre. No decían asesinatos, muertes, torturas, víctimas. Decían enfrentamientos, o delincuentes subversivos. Y cuide a su



hijo. Solo las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas y Familiares levantaban la voz. Luego, algunos sobrevivientes que pudieron salir del país comenzaron a poner en palabras lo que pasaba dentro de los centros clandestinos.

Analía Kalinek nació en 1979 en una familia tipo y de padres amorosos. En su casa, la dictadura y los desaparecidos nunca fueron tema de debate ni conversación. No se hablaba. No existía. Hasta 2005, cuando su papá fue arrestado por haber sido torturador en El Atlético, el Banco y el Olimpo. Analía dudaba de todo. Hasta 2008, cuando leyó la investigación judicial, lo enfrentó y él admitió sus crímenes. No volvieron hablar entre ellos. Ella, en cambio, sintió la necesidad de hablar compulsivamente, y se convirtió en una de las fundadoras de Historias Desobedientes: el colectivo que nuclea a los hijos de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia. Tomar la palabra –la suya, y no la de su padre– fue liberador, deshacerse de la culpa y la vergüenza. Todo lo contrario a “el silencio es salud”, el eslogan que, con la excusa de una campaña contra los ruidos molestos, colgaba de un cartel en el Obelisco durante el gobierno de Isabel Perón, cuando comenzaba a insinuarse lo que sería el terrorismo de Estado. La frase se convirtió en símbolo y emblema. Había que callar. Nadie decía qué era lo que había que callar. Pero todos lo sabían. 😞